

Intentemos ir hasta el fin.

La dotación del *Victory* prorrumplía en hurras de alegría cada vez que un navío francés arriaba su pabellón, y, al oír aquellas aclamaciones, Nelson, olvidando su herida, preguntaba con ansiedad:

—¿Qué ocurre?

Explicábanle la causa de tales gritos, de lo cual el herido se mostraba vivamente satisfecho.

Sentía una sed devoradora, y a menudo pedía de beber y suplicaba que le hiciesen aire con un abanico de papel.

Quería tiernamente al capitán Hardy; por lo que no cesaba de manifestar temores por la vida de ese oficial.

El capellán y M. Beatty procuraban tranquilizarle a este respecto; a cada instante enviaban recados al capitán Hardy para decirle que el almirante deseaba verle; y el herido, viendo que no venía, decía lleno de impaciencia:

—¡Ustedes no hacen venir a Hardy...! ¡Estoy seguro de que ha muerto!

En fin, una hora y diez minutos después de haber sido herido Nelson, el capitán Hardy bajó al entrepuente; al verle, el almirante lanzó una exclamación de alegría, le estrechó afectuosamente la mano y le dijo:

—Y bien, Hardy, ¿cómo va la batalla? ¿cómo se desliza para nosotros el día de hoy?

—¡Bien, muy bien, milord!—respondió el capitán.—Hemos hecho ya doce barcos prisioneros.

—Supongo que de los nuestros ninguno habrá arriado el pabellón.

—¡No, milord, ninguno!

Entonces, tranquilizado por ese lado, Nelson se ocupó de sí mismo, y exhalando un suspiro:

—Yo soy hombre muerto, Hardy—dijo;—y me voy de prisa. En breve, todo habrá concluido para mí. Acérquese usted, amigo mío.

Y en voz baja continuó:

—Una cosa le ruego, Hardy: después de mi muerte, corte usted un mechón de mis cabellos para mi querida lady Hamilton, y entréguele usted todo lo que haya sido de mi pertenencia...

—Acabo de hablar con el cirujano—

interrumpió Hardy,—que alimenta muchas esperanzas de salvarle.

—No, Hardy, no—replicó Nelson;—no pretenda usted engañarme; tengo rota la columna vertebral.

El deber recordó a Hardy que su puesto estaba en el puente, y salió, después de haber estrechado la mano del herido.

Nelson pidió nuevamente la presencia del cirujano. Este se encontraba junto al teniente Guillermo Rivers, a quien un proyectil le había arrancado una pierna. Con todo, acudió al lecho del almirante, diciendo que sus ayudantes bastaban para terminar la cura.

—Sólo quería—dijo Nelson—tener noticias de mis infortunados compañeros; en cuanto a mí, doctor, ya no tengo necesidad de usted. ¡Váyase, váyase! Le he dicho que había perdido toda sensibilidad en la parte inferior de las extremidades del cuerpo, y *bien sabe usted* que, en mi caso, no se puede vivir mucho tiempo.

Estas tres palabras que he subrayado no dejaron ninguna duda al cirujano sobre la intención de lord Nelson: aludía a un pobre diablo que, algunos meses antes, había recibido, a bordo del *Victory*, una herida en condiciones semejantes a la suya; y Nelson siguió en aquel desgraciado los progresos de la muerte, con la misma curiosidad que si hubiese podido adivinar que esa muerte era la que le estaba reservada.

El cirujano dijo entonces a Nelson:

—Milord, deje usted que le toque.

Y palpó las extremidades inferiores, que estaban ya privadas de sensibilidad y como muertas.

—¡Oh!—añadió Nelson,—sé muy bien lo que digo.—Scott y Burke también me han tocado y no he sentido el contacto de sus manos, como tampoco siento la de usted... ¡Me muero, Beatty, me muero!

—¡Milord—repuso el cirujano,—desgraciadamente no puedo hacer nada más por usted!

Y haciendo esta suprema declaración volvió la espalda para ocultar las lágrimas.

—Lo sabía—dijo Nelson.—Siento algo que se agita en mi pecho.

Esto diciendo, puso la mano sobre la parte que indicaba.

—¡A Dios gracias—murmuró,—he cumplido con mi deber!

El doctor no podía proporcionar ningún alivio al almirante, de quien se separó para ir a atender a otros heridos; pero en seguida volvió el capitán Hardy, quien, antes de dejar por segunda vez el puente, mandó al teniente Hills llevar la terrible noticia al almirante Collingwood.

Hardy felicitó a Nelson por haber, aunque ya en el umbral de la muerte, obtenido una victoria completa y decisiva, y le manifestó que, por lo que podía calcular, hasta aquel momento habían caído en poder de la flota inglesa quince barcos franceses.

—Yo hubiese apostado que eran veinte—dijo Nelson.

De repente, recordando la dirección del viento y los síntomas de tormenta observados anteriormente:

—¡Echen el ancla, Hardy! ¡echen el ancla!—dijo.

—Supongo—observó el capitán—que el almirante Collingwood tomará el mando de la escuadra.

—¡No, no; a lo menos mientras yo viva!... Hardy, he dicho que tiren el ancla; ¡lo mando!

—Voy a dar la orden, milord.

—Hágalo, hágalo, y antes de cinco minutos.

Después, en voz baja, como avergonzado de lo que iba a decir, añadió:

—Hardy, le ruego que no arrojen mi cuerpo al mar.

—¡Oh! de ninguna manera; sobre este particular, puede usted estar completamente tranquilo, milord—le respondió Hardy sollozando.

—Cuide usted de la pobre lady Hamilton—dijo Nelson con apagado acento,—de mi querida lady Hamilton... ¡Abbrácame, Hardy!

El capitán, llorando, le abrazó:

—Muero contento—dijo Nelson:—

¡Inglaterra se ha salvado!

El capitán Hardy permaneció un instante junto al ilustre herido en muda contemplación; luego, arrodillándose, le besó en la frente.

—¿Quién me abraza?—preguntó Nelson cuyos ojos estaban ya velados por las tinieblas de la muerte.

El capitán respondió:

—Soy yo, Hardy.

—¡Dios le bendiga, amigo mío!—dijo el moribundo.

Hardy subió de nuevo al puente.

Nelson, notando que el capellán estaba a su lado, le dijo:

—¡Ah, doctor, nunca he sido un pecador empedernido!

Hizo una pausa, y añadió:

—Doctor, recuerde usted, por favor, que dejo una herencia a mi patria y a mi Rey: lady Hamilton y mi hija Horacia... No olvide usted jamás a Horacia.

Su sed aumentaba.

—¡Beber, beber!—exclamó.—¡Hágame aire!... ¡Fróteme!

Decía esto al capellán Scott que le había proporcionado algún alivio frotándole el pecho con la mano. Estas palabras las pronunció con voz entrecortada y reveladora de progresivos sufrimientos; de suerte que tuvo necesidad de hacer un esfuerzo supremo para decir por última vez:

—¡A Dios gracias, he cumplido con mi deber!

Aquí Nelson cesó de hablar.

El capellán y M. Burke lo incorporaron con ayuda de almohadones y mantuvieron en una posición menos dolorosa, respetando aquel fúnebre silencio y dejando de hablar para no turbar al moribundo en sus últimos instantes.

El despensero de Nelson fué a decir al cirujano que su amo estaba a punto de expirar. M. Beatty cogió la mano del moribundo, lo pulsó y le tocó la frente. Nelson abrió su ojo único y en seguida volvió a cerrarlo.

El cirujano le dejó para ir a atender a otros heridos a quienes podían ser útiles sus cuidados; pero, apenas había salido, el despensero volvió a llamarle, diciéndole:

—¡Su Señoría ha muerto!

M. Beatty retrocedió. En efecto, Nelson acababa de exhalar el último suspiro. Eran las cuatro y veinte mi-

nutos. Había sobrevivido tres horas y treinta y dos minutos a su herida.

¡Perdiendo a Nelson, yo lo había perdido todo!

XCVII

Inútil es decir cuán intenso fué el dolor en toda la flota inglesa al tenerse noticia de la muerte de Nelson. Llegó a tal grado, que casi se olvidó la victoria.

El primer cuidado de Hardy fué expresar al cirujano el deseo de Nelson de no ser arrojado al mar.

Al día siguiente de la batalla, cuando las circunstancias permitieron ocuparse en los restos mortales de Nelson, se buscaron los medios que pudiesen evitar la descomposición; naturalmente, era preciso servirse de los recursos de que se disponía a bordo del *Victory*. No había bastante plomo para hacer un ataúd; se echó mano del tonel más grande que se pudo encontrar, colocaron en su interior el cuerpo, y después lo llenaron de aguardiente.

Aquella misma noche se levantó una terrible tempestad, conforme lo había anticipado Nelson; amaneció el día, y la tempestad continuó hasta la noche con la misma violencia. Durante aquellas veinticuatro horas, el cuerpo de Nelson quedó en el entrepuente bajo la guardia de un centinela. De repente, la tapa del tonel saltó en astillas, produciendo un ruido semejante a la detonación de un disparo de fusil. Era la presión de los gases que desprendiéndose del cuerpo, habían producido aquella explosión. El tonel fué cerrado nuevamente, pero se abrió un agujero en la tapa para impedir que el accidente se reprodujese. Al llegar a Gibraltar, se reemplazó el aguardiente por espíritu de vino.

El 3 de noviembre, por la tarde, el *Victory* levó anclas, salió de la bahía

de Gibraltar, atravesó el estrecho y encontró, frente a Cádiz, la escuadra que mandaba el almirante Collingwood.

El barco fúnebre siguió su marcha hacia Inglaterra y llegó a Spithead después de una travesía de cinco semanas; pero la noticia de la victoria obtenida y de la muerte de Nelson era conocida en Londres desde el 7 de noviembre. Yo la supe por una carta del hermano de Nelson, quien, preocupado sin duda con la idea de que por virtud de aquella muerte pasaba él a ser conde y par, no tuvo tiempo de comunicármela personalmente.

Cuando esta noticia me llegó, estaba en mi casa de Londres. El doctor Nelson no me decía de dónde la había recibido; de modo que yo me resistí a darla por absolutamente cierta. Cogí en brazos a Horacia, di orden de enganchar y corrí al Almirantazgo; pero no tuve siquiera necesidad de entrar para comprender que la noticia era verdadera; ¡todo el mundo conocía ya la victoria y el precio a que se había obtenido!

El 4 de diciembre, víspera del día señalado para la acción de gracias, el *Victory* llegó a Saint-Helens y desplegó, en señal de luto, el pabellón de Nelson a media asta; todos los buques de Spithead pusieron en el acto sus enseñas en la misma posición.

El mismo día, el bravo capitán Hardy, fiel ejecutor de las instrucciones de Nelson, me remitió las dos cartas que para mí y para su hija Nelson había dejado escritas.

El capitán me decía en carta aparte que tenía muchas cosas particulares que manifestarme y muchos objetos preciosos que entregarme, pero que no podía salir del barco. Invitábame a que me trasladase a Saint-Helens, donde podría conferenciar conmigo.

Partí al instante y llegué el 5 por la mañana. Aquel excelente amigo vino a tierra y pasó el día en mi compañía. Le manifesté deseos de ver al capellán M. Scott y al cirujano M. Beatty, a quienes mandó buscar; y yo me embriagué con mi dolor, oyéndoles contar, en todos sus detalles, la muerte de Nelson.

Al día siguiente, el capitán Hardy me dió un buen consejo; poner inmediatamente en lugar seguro todos los objetos que habían pertenecido a Nelson y que él me legó, por temor de que la familia no se apoderase de ellos y viniésemos a parar en un pleito escandaloso. Seguí el consejo, y alquilé en Spithead un pequeño departamento al que hice transportar todos los objetos que habían pertenecido a mi héroe. En esas piadosas diligencias empleé tres días; lloré copiosamente, y me sentí más aliviada.

El sábado 15 el cuerpo de Nelson fué colocado en el ataúd que le había sido regalado por el capitán Ben Hallowell, y expuesto bajo un dosel formado de estandartes. M. Tyson, antiguo secretario del almirante, M. Naylor, mister York-Herald y M. Whilby fueron delegados por el Almirantazgo para recibir el cuerpo, que debía ser transportado del *Victory* a un yate y conducido al hospital de Greenwich.

Los funerales estaban señalados para el 6 de enero. Se decidió que el ataúd fuese depositado en la catedral de San Pablo, que, destinada a ser el sepulcro de los héroes y de los estadistas, iba a ser inaugurada por Nelson como el Panteón de Inglaterra.

Permítaseme no insistir más sobre mi infortunio. Al principio creí que mi dolor sería eterno; me vestí de luto y me prometí a mí misma llevarlo siempre; consagré una de las habitaciones de Merton a aquellas reliquias sagradas que obraban en mi poder merced a la fiel obediencia del capitán Hardy. Así, alejada del mundo, viví un año, sola con Horacia.

No contaba con la debilidad humana ni tenía en cuenta la veleidad femenina.

El resto de mi vida no es más que una serie de faltas, de prodigalidades, de errores, que me han traído al estado en que ahora me hallo. Pero, desde el momento en que ya no era la mujer de sir Guillermo ni la amante de Nelson, desde el momento en que había dejado de ser la amiga de la reina Carlina, volvía a ser sencillamente Emma Lyon, esto es, una cortesana en

riquecida, que tal vez hubiese podido obtener aún la consideración que se dispensa a la riqueza, si hubiese sabido conservar su fortuna.

Lo que desde luego me dió la medida de mi relajación, fué la negativa de Inglaterra y del Rey a reconocer el testamento de Nelson. Habíame confiado al Rey y a la patria; si la patria y el Rey hubiesen tenido en algo la voluntad del hombre que acababa de hacerse matar por ellos, me habrían reabilitado a mis propios ojos.

Si a lo menos hubiesen acogido y reconocido a mi pobre Horacia, me hubiera considerado obligada a vivir honrada; porque, en último término, me parece que la desgracia de tenerme a mí por madre debía ser compensada con el honor de tener por padre a Nelson, o sea, al primer marino, no ya de su siglo, sino quizás también de todos los tiempos.

No fué así. Mi hija y yo fuimos menospreciadas con saña, y a fuerza de sentirme despreciada, volví a ser despreciable.

Pero, al lanzarme de nuevo a esa existencia de locuras, errores y disipación, aparté de mi lado a Horacia, a fin de que ninguna de mis faltas la contaminara. Coloqué a su favor las cuatro mil libras esterlinas que su padre le había legado, y la renta de cinco mil francos que ese capital producía sirvió para su manutención y educación.

Ahora la descripción de los sucesos que me condujeron del lujo a la miseria, de la riqueza a la pobreza, sería demasiado larga y no ofrecería ningún interés. He hablado de mi pasión por el juego, pasión que en mí adquirió mayores proporciones. Acostumbrada a una vida de prodigalidades, no supe subordinar mis gastos a mis rentas, y dos años después de la muerte de Nelson, me encontré en tales apuros económicos, que me vi obligada a salir de Merton, que fué vendido en subasta.

Tenía afortunadamente por amigo al viejo duque de Queensbury de quien ya he hablado; me recogió en una de sus casas amuebladas de Richmond, y me regaló un coche con su correspon-

diente tiro para reemplazar mis caballos y carruajes que habían sido vendidos. Sus dádivas me permitieron vivir muy holgadamente hasta la hora de su muerte, que llegó a fines del año 1810.

Su bondad para mí se extendió más allá de la muerte; pues me dejó, por testamento, una suma de mil libras esterlinas, y además una anualidad de quinientas.

Pero el Duque se consideraba más rico de lo que realmente era, y sus legados superaban a su fortuna; de lo cual resultó que los tribunales anuláron el testamento, y yo perdí el beneficio de las buenas intenciones de mi viejo amigo.

Mi decepción fué tanto más grande cuanto que, fiando en aquella herencia, me había lanzado una vez más a la vida de gastos y prodigalidades. Algunos amigos que me quedaban hicieron diligencias para obtener del Lloyd lo que no se había podido obtener del ministerio; a saber, la recompensa de los servicios prestados por mí al Estado; pero ni sus tentativas ni mis peticiones dieron el resultado apetecido, y caí en tal miseria, que fueron vendidos todos mis muebles, todos los recuerdos queridos que conservaba de Nelson. Todo se vendió, hasta la preciosa caja en la que la ciudad de Oxford había encerrado el nombramiento de ciudadano ofrecido al vencedor de Aboukir. Pero, como el dinero que esa venta produjo no alcanzaba con mucho a cubrir mis deudas, algunos acreedores, más crueles que los otros, me hicieron arrestar y conducir a King's-Bench, donde quedé detenida con la pobre Horacia, a la que arrastraba, si no a la ruina, puesto que ella conservaba sus cuatro mil libras esterlinas que yo no podía tocar, a lo menos a mi infortunio.

Permanecimos en aquella prisión más de un año, sufriendo todo género de privaciones y bochornos; porque un hombre en quien yo tuve el error de depositar mi confianza y con ésta mis documentos privados, hizo imprimir a mi nombre toda mi correspondencia con Nelson y otras varias cartas que obraban en su poder. ¿Qué podía ha-

cer yo desde el fondo de mi prisión? ¡protestar! Es lo que hice; pero mi voz no fué oída, o no se dió crédito a mi protesta.

En fin, un buen hombre, funcionario municipal encargado de la policía de la Cité, se apiadó de mí, viendo cuán cruelmente era castigada por mis errores; se entendió con mis acreedores, dió algún dinero, y obtuvo para mí una cancelación general.

Resolví en el acto abandonar Inglaterra y pasar al continente. Mi protector me ayudó en ese proyecto, facilitándome algunos socorros. Partimos para Calais y encontramos entre esta ciudad y Boulogne, cerca del pequeño puerto de Ambleteuse, una casa aislada y oscura, en la que he resuelto pasar el resto de mi vida.

¡El resto de mi vida carece de interés!... Los dolores, los tormentos, las angustias que en los últimos diez años he sufrido, me han quebrantado prematuramente. El médico que ha venido a verme por caridad, ha llamado aparte a Horacia y he visto a la pobre niña volver con los ojos enrojecidos por el llanto.

Entonces he sentido que se acercaba la muerte; he dirigido una mirada a mi vida pasada, y todos mis actos se me han representado en su verdadero aspecto.

He temblado, he pasado noches llenas de espectros y días llenos de remordimientos; he comprendido que si moriría así, moriría desesperada.

Un rayo de luz ha bajado de lo alto para iluminar mi pensamiento.

Heme dicho: «Existe una religión dulce y misericordiosa, a la que siempre me he sentido inclinada; una religión cuyo fundador perdonó a la cortesana, a la mujer adúltera, al homicida. Enviemos a buscar un cura de esa religión, y depositemos en sus manos la salvación de mi alma agobiada de maldades.»

He enviado a buscar al cura. Le espero.

¡Señor! ¡Señor! ¡sed misericordioso con la pecadora que se arrepiente!

... ..

Aquí terminan las confesiones de Emma Lyon.

Nuestros lectores saben todo lo ocurrido; han visto, al comenzar este relato, venir el cura; han visto cómo el agua santa del bautismo bañaba la pálida frente de la pecadora, y luego caer esa frente sobre el almohadón, impreso en ella el sello del arrepentimiento y del perdón.

Cinco minutos más tarde, lady Hamilton descansaba en la misericordia de Dios.

Digamos ahora, en dos palabras, lo que sucedió después de su muerte.

La embajadora de Inglaterra, la querida de Nelson, la amiga de la reina de Nápoles, conducida en las angarillas de los pobres, iba a ser arrojada a la fosa común el 16 de enero de 1815, cuando un comerciante inglés, residente en Calais, pensando que sería ver-

gonzoso para sus compatriotas abandonar el cadáver después de la muerte como habían abandonado a la mujer mientras vivió, compró un terreno en el sitio más respetable del cementerio, y, seguido de cincuenta ingleses, depositó los restos en una tumba sobre la cual se grabó por toda inscripción estas palabras de Cristo:

Aquel de vosotros que esté libre de pecado, arroje la primera piedra.

La joven Horacia, que a la sazón frisaba en los catorce años, y que había tenido para su madre los cuidados más tiernos y piadosos, regresó en seguida a Inglaterra, y vivió por espacio de dos años con la familia de mister Matcham y luego con la de mister Bolton, cuñado de lord Nelson.

Por último, en 1822, contrajo matrimonio con el reverendo Felipe Ward, vicario de Teuterden, y de su feliz unión nacieron ocho hijos.